

Discurso del Sumo Pontífice a los Universitarios Romanos

El 15 de junio de 1952 el SUMO PONTIFICE pronunció el presente Discurso durante la audiencia concedida a los Directores, Profesores y Estudiantes de la Universidad de Roma

Motivo de gran regocijo para nuestro corazón es vuestra presencia, amados hijos del "Studium Urbis" que, conducidos por el señor Ministro de Instrucción Pública, por el Rector Magnífico y por ilustres profesores del glorioso ateneo, habéis venido a Nos, como para sellar con una pública profesión de fe y de devoción al Vicario de Cristo las fatigas del año académico, vale decir, un paso más dado por vosotros en el camino del progreso cívico, codiciada meta de vuestra universidad y de cualquiera otra. Desde hace tiempo deseábaseis venir a atestiguaros vuestro filial afecto, pero los imperiosos deberes de nuestro oficio pastoral nos han obligado a posponer hasta éste día la tan deseada entrevista.

Vosotros no ignoráis la continua solicitud con que seguimos la vida universitaria, sus adelantos, sus problemas, sus luchas; como no desconocéis los testimonios de nuestra predilección, particularmente aquel que queríamos fuese considerado por vosotros como don salido de lo más profundo de nuestro corazón: la Capilla Universitaria, vivamente deseada por vosotros y acogida con júbilo, como centro espiritual y coronamiento de la Ciudad de Estudios.

Y qué mejor don podríamos ofrecer a la juventud universitaria romana, sino un templo que quedase como perenne monumento de nuestro afecto y fuera al mismo tiempo, juntamente con su aula destinada al culto con la cripta consagrada a la piadosa memoria de los jóvenes caídos, con su dedicación a la Eterna Sabiduría, el santuario donde la juventud pudiera encontrar alimento para la tri-

ple antorcha que deberá inspirar e iluminar el camino de su vida: la patria — como extensión de la familia —, la ciencia y la religión que son los tres pilares de una sociedad moderna bien organizada?

1. — En vosotros está no ciertamente de una manera exclusiva, pero sí principalmente, el porvenir de vuestra patria, pues las artes liberales o profesiones son, entre las actividades cívicas, las que de manera especial dan la tónica en la vida de la nación y le señalan su derrotero. La dirección de la sociedad de mañana está principalmente en la mente y en el corazón de los universitarios de hoy. Y ya que habéis venido a Nos para oír algún pensamiento saludable, Nos parece que podemos deciros: penetraos de vuestra conciencia de futuros dirigentes de la nación, que esa conciencia se arraigue y profundice en vosotros, y juntamente con ella las responsabilidades particulares para con la patria en cada una de las profesiones a que os dedicaréis, una vez terminados felizmente vuestros estudios.

El futuro de la patria entre los pueblos modernos y civilizados depende, pues, primeramente de su juventud universitaria. Por esto todas las categorías de ciudadanos miran sus filas con emocionada esperanza y, de acuerdo con una antigua tradición, suelen rodearla de una festiva simpatía; por esto los grupos profesionales de los mayores siguen atentamente su suerte; por eso los Estados no ahorran sacrificios para asegurar a los ateneos, en cuanto es posible, estabilidad e incremento. Y la patria confía en vosotros, no sólo en circunstancias extraordinarias, si se hallara, por ejemplo (lo que Dios no permita) en grave peligro, porque está habituada ya a contar con los nobles impulsos de la juventud universitaria, pronta siempre a cada llamamiento suyo y cuyo arranque generoso arrastra a los demás jóvenes; sino también en el curso normal de la vida nacional que vosotros alimentéis con el diario ejercicio de vuestra profesión.

Un sentimiento de tierna emoción Nos inunda el pecho al veros ahora tan jóvenes y animosos y también al pensar que dentro de pocos años, que rápidamente pasarán, tanta gente necesitada de vuestros consejos, de vuestra ayuda y de vuestra mano, recurrirá confiada a vosotros; al pensar que de vuestras resoluciones dependerá la vida de tantos enfermos, la paz de tantas familias, el triunfo de la justicia, la educación de tantos niños, la suerte de tantos obreros; que por vuestra capacidad será determinado el progreso del país, el empleo prudente de sus recursos, el incremento de las industrias, las comunicaciones, las carreteras, la navegación, las máquinas, la seguridad en la comunidad, la sanidad pública, la economía, la faz externa de la nación. Y de quién más, sino de vosotros y de vuestra inteligencia, puede ella esperar los nuevos hallazgos de la ciencia, los benéficos descubrimientos, las invenciones útiles, en una palabra aquel progreso técnico y científico que honra al pue-

blo que se hace su promotor? Vosotros seréis, en verdad, la inteligencia de la patria, pero, sobre todo, seréis su corazón porque de vosotros en gran parte dependen el bienestar del pueblo, la santidad de las leyes, la honestidad de las costumbres, la rectitud política, la buena inteligencia con los pueblos vecinos, la paz activa.

Esto queríamos recordaros, no para que el orgullo os fascine haciéndoos creer una casta privilegiada separada del pueblo, sino para que penetréis en las graves responsabilidades sociales, que desde ahora deben ser afrontadas con adecuada preparación. Precisamente en estos años juveniles, cuando la mente es más ágil y abierta, los problemas de la vida ordinariamente menores, el tiempo más fácilmente libre, nace el médico que no yerra, el jurista que no titubea, el técnico seguro y preciso, el letrado que abre nuevas vías, el hombre de estado previsor y sagaz.

Vuestro amor por la patria, vuestros ideales científicos y profesionales, deben desde ahora manifestarse en el estudio asiduo y metódico que exige disciplina más querida que impuesta, austeridad de vida, recogimiento constante, pureza de costumbres que es el más poderoso sostén de un real aprovechamiento del saber.

2. — La otra antorcha que iluminará vuestro camino será la ciencia en sus múltiples ramas, que vosotros mismos experimentaréis la necesidad de cultivar incesantemente. La madurez de los años os dirá cuan agradecidos debéis estar a Dios por haberos enrutado por los senderos de la ciencia, la cual, como recompensa de muchas fatigas que reclama, sabe dar a sus cultivadores inestimables satisfacciones y títulos de genuina nobleza, los cuales, excepto el arte, ningún otro trabajo puede dar. Qué espléndido ornamento de la persona es la ciencia profunda, poseída y por lo mismo utilizada para el bien de los demás! Qué íntima complacencia, no del amor propio, sino de la primordial humana tendencia hacia la ciencia y hacia sus amplios horizontes! Pocos bienes terrenos pueden equipararse a ella en cuanto a la perfección del hombre.

Sin embargo, aún respirando a pulmón lleno sus atractivos, no creáis que ella puede saciaros plenamente. Una tal esperanza, además de ser un error de superestimación de su poder perfecto, provocaría amargas desilusiones el día en que con plena madurez del espíritu surgirá en vosotros la conciencia de los valores humanos más profundos y totales, porque el hombre adquiere gradualmente la conciencia de todo su sér. Aquel día ni siquiera la filosofía, que es la intérprete de la naturaleza y del conocimiento natural, y así en alguna manera la norma de la vida, sabrá responder a todos los problemas y las dificultades. Será necesario subir a más altas fuentes, a las cuales conduce el sincero amor de la verdad y su segura posesión: a las fuentes religiosas sobrenaturales.

3. — Nuestro argumento nos ha conducido al tercer punto que queremos tratar, es decir de la fe cristiana, esta antorcha que ilumina el camino de la vida, esta seguridad que conforta y anima en todo suceso, “esta cara alegría, sobre la cual toda virtud se funda” (Par. 24, 89-90). Infundida en el bautismo, ha sido nutrida y cultivada en vosotros desde los más tiernos años con la oración y los sacramentos, con la enseñanza del catecismo, con el ejemplo, como lo esperamos, de aquellos que os rodean. Ahora que sois adultos y habéis llegado a la edad en que debéis escoger y determinaros por vosotros mismos, es necesario que convirtáis casi en una consciente posesión vuestra personal, que comprendáis cada vez más profundamente y viváis cada día con mayor intensidad el tesoro de la fe católica y la riqueza de verdad y de gracia que Jesucristo os ha dado con su redención y con su Iglesia y cuyo germen ha depositado en vuestras almas desde la cuna.

Es este el deber más alto de vuestra vida, cuyo cumplimiento exige el concurso de todo el hombre: la mente y el corazón, la convicción interna y la fuerza de la voluntad. Una primera experiencia debe haceros reflexionar: de dónde viene que en torno a vosotros este o aquel compañero, antes creyente y piadoso, una vez pasado el umbral de la universidad, sufre una crisis que poco a poco se resuelve en la indiferencia religiosa o en otras formas más o menos explícitas de ateísmo? Vosotros no podéis esperar, amados hijos, que Nos tratemos en pocas palabras un problema tan delicado. Por otra parte, sin embargo, vuestro futuro y vosotros mismos Nos sois tan caros, que no podemos dispensarnos de exponeros algunas breves reflexiones al respecto.

Dejamos a un lado la cuestión de cómo concurren a provocar aquellas crisis dificultades intelectuales y otras circunstancias que deben buscarse más bien que en la pura sede de la razón, en la enmarañada selva de las pasiones desarregladas y de las desviaciones morales, o quizá también en el campo peligroso de las concesiones que se cree deber hacer ante las exigencias de una ambiciosa carrera. De todos modos, una cosa es cierta: no hay religión, y por consiguiente vida religiosa personal, sin culto a Dios. Pero el culto a Dios no es sólo un simple y frío acto intelectual; es alabanza de Dios, servicio de Dios, abandono confiado en Dios con todo el corazón con toda el alma (Mat. 22, 37). De manera semejante “creer” es ciertamente ante todo admitir — y penetrar en los límites de lo posible — las verdades reveladas por Jesucristo, pero también sacar de ellas generosamente las consecuencias que ellas importan para la vida moral. Si alguno, pues, estimare suficiente para su vida religiosa dedicar al culto de Dios la corta media hora de la misa dominical, cómo podría evitar que tal vida perezca y se aridezca?

Considerad, además, que las verdades religiosas os son presentadas en la edad infantil y en la escuela en una forma correspon-

diente a la inteligencia del niño y del adolescente. La madurez intelectual que permite comprender los problemas y aspectos más profundos, sólo viene con los años y sólo ahora la habéis adquirido completamente vosotros. Por lo tanto, si mientras avanzáis gradualmente en las ciencias profanas, no hiciéreis análogos progresos en los conocimientos religiosos y en la vida del espíritu, podríais maravillaros de veros sujetos a tales crisis? Sed, pues, conscientes de vuestra responsabilidad: perfeccionad cada vez más la comprensión intelectual de vuestra fe y procurad vivir según las normas de las grandes virtudes cristianas.

Una palabra sobre el tema del pretendido contraste entre la fe y las ciencias naturales. La conciliación entre ellas supone dos principios. El primero es que el método de las ciencias es válido únicamente en el ámbito en que ellas son realmente competentes, es decir en el campo de los sentidos; el segundo es que más allá de los conocimientos y realidades físicas hay otras realidades, las realidades metafísicas — por ejemplo la causalidad —, que no dependen de los datos de los sentidos, sino de las leyes ontológicas universales. Muy lejos de ser inferiores en certeza a las leyes de la naturaleza sensible, son superiores a ésta porque valen para cada ser en cuanto tal. Con una fuerza irresistible ellas conducen al conocimiento natural de Dios.

Es verdaderamente funesto que con el sorprendente desarrollo de las ciencias se haya llegado con paso casi igual al olvido de las verdades metafísicas en la mente de una parte de los científicos. No, todos ciertamente; encontramos, en efecto, en cada ramo de las ciencias maestros entre los más grandes, que fueron al mismo tiempo hombres íntimamente religiosos. Aún para un agnóstico como Darwin la cuestión de la existencia de un sabio Creador estuvo presente en su espíritu hasta el fin de su vida; él admitió el pensamiento "often comes over me with overwhelming force", y que el universo no es obra del acaso (Francis Darwin, *The life and letters of Charles Darwin*, London 1887, vol. I, pág. 316). Nos mismo hemos creído poder señalar en el último discurso nuestro a la Academia de Ciencias, que hoy se nota entre los científicos un creciente movimiento de retorno a la idea de la creación.

No añadiremos sino una palabra acerca de la crisis religiosa. Las dificultades concernientes a la fe no deben ser miradas por sí solas, sino que es necesario considerarlas en el conjunto del problema de la religión y del mundo. Cuestiones particulares han tenido ya, o tendrán algún día, su solución: estad de ello seguros. Pero entre los hechos que se presentan a la mente adelante de la humanidad considerada en su historia antigua y moderna, ante los datos de la sociología, especialmente la contemporánea, una ley aparece a nuestra mirada con palpable evidencia: una vida conforme a la dignidad del hombre es sólo posible si los individuos, como la comunidad y las

autoridades públicas, están establecidas sobre el fundamento de la religión, si reconocen al Dios personal, su orden, sus mandamientos. "Masas" sin Dios no se dejan a la larga dominar sino por medio del terror. Esta ley ha regido siempre: pero ninguna generación ha debido tan trágicamente experimentar sobre sí misma su valor, como la presente. No es acaso todo esto para todo espíritu sereno un poderoso testimonio de la existencia de Dios?

Con Dios en la mente, con Dios en el corazón, con Dios en la profesión, conformándoos sin vacilaciones a su sabia ley y a sus amables disposiciones, a veces misteriosas, podréis afrontar con ánimo tranquilo la aruda navegación que os espera. Sin El, aun las actividades profesionales, y especialmente las que tienen más íntimas relaciones con el espíritu humano, como la filosofía, la enseñanza, la jurisprudencia, la medicina, la política, se verían aminoradas en su valor.

Estad ciertos de que el mejor modo para evitar inútiles naufragios y conservar esplendente la antorcha de la fe y practicar sus preceptos con el mismo candor con que habéis aprendido los divinos mandamientos sobre las rodillas de vuestras madres, y casi bajo su mirada, particularmente vosotros los que, alejados de vuestras casas, os sentís a veces absorbidos y casi anónimos, en la grande ciudad, y por esto tanto más expuestos a los incentivos del mal.

He aquí, amados hijos, cómo querríamos que fuera la para Nos querida juventud: consciente de las graves responsabilidades sociales, cuidadosa en prepararse para ellas, generosa en su aspiración a lo mejor, dominadora en el campo de las ciencias, fuerte en la fe, devota a su patria, continuadora de las nobles tradiciones del ateneo romano que tantos hombres insignes ha dado a la Iglesia y a Italia. Que el Reino de Dios, el cual es armonía en el cielo y en la tierra, de obras humanas y de virtudes morales, de serenidad en el tiempo y de felicidad eterna, se establezca en vuestras almas.

Con estos auspicios impartimos de corazón a vosotros, a vuestros eximios maestros, a las familias cuyo precioso tesoro sois y seréis, para vuestra vida presente, para el feliz éxito de vuestros estudios y de los próximos exámenes, para vuestro futuro. Nuestra paternal Apostólica Bendición.

Pío PP. XII.